

Tal es el libro que vamos á escribir, y cuyo plan y diseño quedan trazados ya á grandes rasgos. La empresa es buena, pero no fácil: hay que hacer un compendio de la Historia de España bajo el punto de vista de un hecho concreto, y que pareciendo particular, viene á generalizarse é infiltrarse en todos los grandes acontecimientos.

¿Será quizá por haber escrito ya la Historia eclesiástica de España, por lo que los editores de este libro, los Sres. Montaner y Simon, comprendiendo esta idea, han tenido empeño en que se publicara y fuese yo quien lo escribiera, precedido de la vida de la Virgen María? Quizá sea ese motivo; y en tal caso quiera Dios, y quiera también su Santa Madre, cuyas luces y asistencia imploro, que hayan acertado en su eleccion, y acierte yo á desenvolver ese plan y dar cima á tan santa y noble como difícil empresa, concluyendo con la frase que la Iglesia consagra á este propósito:

[DIGNARE ME LAUDARE TE, VIRGO SACRATA.]

I.

APARICION DE LA VIRGEN MARIA EN ZARAGOZA: EL PILAR: SU CULTO.

Si nuestra obra se dirigiese á los críticos católicos y eruditos, ó tuviese por objeto discutir con escépticos y desafectos al catolicismo, distinto giro diéramos á la narracion de este grato suceso, gloria de nuestra patria y tradicion constante de la Iglesia hispana. Porque al fin, ¿qué otra nacion europea puede blasonar la honra de haber sido visitada por la Virgen María durante su vida, y haber venido á su territorio milagrosa y corporalmente? España puede decir con las palabras del rey David:—*No lo hizo así con todas las naciones!* No es de extrañar, por tanto, que los extranjeros, áun los católicos muy fervorosos, nos disputen ese glorioso privilegio y pongan en tela de juicio la autenticidad de ese tradicional portento. ¿Habremos de creer más á su emulacion, siquiera sea recta y bien intencionada, que á la tradicion de nuestra Iglesia?

Pero dirigimos este libro á personas piadosas y creyentes, á católicos verdaderos y verdaderos españoles, y sobre todo á esa brillante pléyade de damas españolas, católicas fervientes, nobles por su nacimiento y por sus obras, nobles por sus virtudes y quizá por su cuna, dispuestas siempre á favor del catolicismo, que en tratándose de sus derechos ó intereses, de sus doctrinas y creencias no dudan, no temen, no vacilan, lo arrostran todo y lo mismo en España que en las regiones del Nuevo Mundo que fueron españolas, nuestras hermanas queridas, y donde se habla nuestro rico idioma, les basta saber lo que la Iglesia dice y no se preocupan con las dudas de los tibios, ni las diatribas de los adversarios. Por ese motivo aquí ni descenderá nuestra historia á dar pruebas, ni ménos á satisfacer reparos y objeciones: otros lo han hecho (1). Cada libro, cada trabajo histórico tiene su índole y su carácter peculiar. Veamos, pues, lo que dice la Iglesia, guía seguro en esto como en todo, siguiendo el criterio que nos hubo de regir en el tomo anterior.

Despues de dos lecciones tomadas de un sermón de San Agustin, la leccion

(1) Véase al final del artículo la noticia bibliográfica de los principales autores que han defendido y explicado esta tradicion.

Lo mismo haremos en todos los demás capítulos, de manera que de nuestro libro resultará insensiblemente un *repertorio bibliográfico hispano-mariano*, sin faltar á la amenidad de este libro, á pesar de la aridez de esta clase de trabajos.

VI del nocturno entra á narrar la piadosa tradicion de nuestra Iglesia: al aprobar este rezo, claro está que aprueba aquella. ¿Qué más necesita saber el católico humilde y sencillo, que firme en su fé y en su obediencia no quiere perderse en los abismos de la filosofía, ni en los tortuosos é intrincados laberintos de la crítica, donde los verdaderos y escasos sabios entran con recelo y salen con dudas y escaso fruto? Pues bien, hé aquí lo que la Iglesia aprueba y nos propone sobre este asunto en el rezo del Oficio divino.

«Seguramente, dice, que debemos esperar y recoijarnos sobremanera con el singular beneficio que nos otorgó la clementísima Virgen al darnos confianza especial para obtener su santo patrocinio. En efecto, consignase en *antigua y piadosa tradicion*, que habiendo llegado á España el apóstol Santiago, apellidado *el Mayor*, con inspiracion divina, y deteniéndose por algun tiempo en Zaragoza, se le apareció la bienaventurada Virgen viviendo todavía, en ocasion de estar él de noche orando con algunos de sus discípulos á orillas del Ebro; y le encargó que allí mismo construyera una capilla. Sin vacilar edificó desde luego el apóstol con sus discípulos un modesto oratorio, que dedicó á Dios en honra de la Santa Virgen, y al que, andando el tiempo, se adhirió otro más espléndido y majestuoso, el qual conserva todavía el nombre *del Pilar*, que de tiempo inmemorial lleva, por la columna de mármol que sostiene la efigie de la Virgen, y es venerado allí con gran piedad y concurrencia de todo el reino. Y á fin de que no decayesen y ántes fueran en aumento de día en día el culto divino y la fervorosa devocion de aquellos pueblos para con la Santa Virgen, concedió el Papa Clemente XII que en todos los dominios de Su Majestad Católica se celebrase el día 12 de Octubre el oficio en conmemoracion de este suceso.»

Hasta aquí la sencilla cuanto verídica relacion de aquel portento y lo que la Iglesia en su seguro criterio propone á los fieles para su piadosa creencia, y al escritor como narracion fidedigna. En verdad que cuesta trabajo el sujetar la imaginacion á contentarse con esta exposicion sencilla y calculada, en que no huelga ninguna palabra, cuando el narrador quisiera remontar el vuelo desplegando las alas de la imaginacion, que se cierne por las regiones etéreas é incommensurables de la fantasia, mientras que la razon anda pedestre por los caminos trillados ya por la experiencia. Pero en tan difíciles y controvertidos asuntos ¿quién deja lo seguro por lo bello? ¿quién por seguir al poeta que encanta deja al historiador que narra la verdad desnuda? Por ese motivo en todo lo que se refiere al culto mariano en nuestra patria, cuando quiera que haya hablado la Iglesia, preferiremos su dicho á cuántas bellezas nos presente la leyenda más romántica, ó á las galas con que quisieran exornarlas nuestra fantasia, y á un nuestra razon, cautivándola en obsequio de la fé, como dice San Pablo:

La Iglesia, pues, en lo relativo á la visita de la Virgen á Santiago en Zaragoza, y por tanto su venida de Jerusalem á España, en carne mortal y estando á un en vida, consigna solamente lo más neto y puro de la tradicion, declarando que esta es antigua y piadosa (1).

Habla del Pilar y habla de la efigie de María, pero con su habitual parsimonia, ni dice ni niega que esta fuese hecha por los ángeles, ni que estos trajeran el Pilar

(1) *Ut enim pia et antiqua traditio habet:* la Iglesia no se compromete más que á considerar esta tradicion como antigua y piadosa: de la piedad y antigüedad nadie duda.

simbólico y sagrado, que es emblema no solo del catolicismo constante é indefectible de aquella ciudad, sino de toda la nacion española (1).

Consigna, pues, la Iglesia, al aceptar la tradicion como piadosa y antigua, la venida de Santiago á Zaragoza, y por tanto á España.

Que esta venida de la Virgen María fué en carne mortal y en vida.

El encargo de construir una capilla á honra de Dios en aquel paraje, como en efecto lo hizo el apóstol ayudado de sus discípulos.

Que este templo se dedicó al culto de María, y que en él se veneraba su efigie en una columna de mármol, sin expresar desde cuándo, ni quién trajera una y otra, dejándolo á la piadosa y libre creencia de los fieles y de los críticos, salvando los respetos debidos siempre (2).

Pequeña era la primitiva capilla, y no podia ser otra cosa atendida la penuria de los tiempos y el riesgo de inminentes persecuciones. Ocho pasos de anchura y doble de longitud, le daba la tradicion, y los restos de ella se conservaron por mucho tiempo en gran veneracion.

Pero ¿es posible, es creible, que María, dechado completo de humildad, y de humildad la más profunda, segun la hemos pintado en su vida; María, en la que compiten la pureza y la humildad, llegando casi á superar esta á la otra, pidiera á su sobrino un templo, y exigiera una especie de apoteosis en vida? ¿Cómo se le habia de erigir templo cuando los cristianos no se atrevian apenas á erigirlos á Jesus, ni acostumbraban poner en ellos efigies, ni usaron esto sino mucho despues y en épocas más bonancibles, segun enseñan la arqueología cristiana y la crítica eclesiástica?

Tampoco lo creyó probable el Papa erudito y sagaz Benedicto XIV, dejándolo empero en el concepto de tradicion piadosa y libre (3).

Las palabras del rezo no dicen que la Virgen encargó á Santiago que le erigiese á ella un templo, como decia la Bula de Calixto II, recopilando toda la leyenda del siglo XII, sino solamente que encargó á Santiago erigiese allí un templo (4), y á la verdad, esta observacion sencilla salva todos los respetos, la humildad de la Virgen, el reconocimiento y obediencia del santo apóstol y la gratitud de sus discípulos y de los primeros fieles de aquella ciudad y sus descendientes; pues al construir un templo á Jesus en aquel paraje, ¿cómo podían dejar de asociar á él la tradicion

(1) El documento legendario del siglo XI en que se resumió todo lo que se decia por entonces acerca de la aparicion de la Virgen, pero con graves errores geográficos y arqueológicos, pone en boca de la Virgen estas palabras proféticas.—*Eritque pilare illud, (mejor istud) in loco isto usque in finem mundi, et Christum colentes nunquam ex hac urbe deficient.*

(2) El doctor Ferreras, dejándose llevar de los alegatos publicados contra la tradicion del Pilar, durante los ruidosos pleitos de esta Iglesia con la Seo, avanzó proposiciones inconvenientes, llegando á asegurar que la efigie actual fué traída de Francia por unos monjes que vinieron con el conde de Alperche, pariente de D. Alfonso el Batallador. El Consejo condenó á Ferreras á que se arrancasen las hojas del libro. (Véase el tomo XXX de la *España Sagrada*, pág. 68 de la segunda edicion). Ferreras en desagravio de su error construyó á la Virgen del Pilar, el altar en que se la venera en la parroquia de San Andrés de Madrid, de la cual era cura.

(3) Véase sobre esto el tomo I de la *Historia eclesiástica de España*, segunda edicion, donde más oportunamente discute el autor este punto.

(4) Las palabras tasadas del oficio divino, á las que no se debe añadir ni quitar en tan grave asunto, dicen solamente *Ad Iberi fluminis ripam oranti beata virgo dum adhuc in humanis ageret, apparuit, ibique ut sacellum strueret, eidem injunxit.*

y el grato recuerdo, y como estos podían dejar de traer el culto de la Madre al par del que se daba al Hijo? Por motivo es de creer ese que en los primeros tiempos el culto secreto y velado en el misterio que se daba á Jesus en la Capilla apostólica, y que justamente se vino á llamar y llama *angélica*, no llevara rigurosamente el nombre de María, ni se lo dió Prudencio al aludirlos en uno de sus himnos. Pero desde que el culto de ella principió ya á desplegarse con fervor creciente, al paso que lo impugnaba la herejía, entónces la modesta capilla fué pequeño recinto para tan grandioso objeto.

El himno de maitines en el rezo de la Virgen del Pilar, lo consigna así:

Ya en los albores de la fe cristiana
El pueblo Hispano su favor lograra
Cuando empezara á destellar en este
La Cruz de Cristo.
Lo que contara tradicion vetusta
La fiesta santa que nuestros mayores
Con sus loores celebraran siempre
Lo celebramos.

Dice que un día, y estando en Zaragoza
El gran Jacobo construyó aquí un templo:
Ahora, á su ejemplo, hagámoslo á María
En nuestro pecho.
Loas entone á la Virgen santa
El pueblo ibero, y muestre agradecido
Que ha recibido favor, y en obsequio
Ríndale culto. (1)

Pero ¿cómo es que el poeta Prudencio al hablar de Santa Engracia y de los innumerables mártires de Zaragoza, no consigna ni un recuerdo á este otro tan grande y singular prodigio? ¿Cómo lo calló San Braulio, tan elegante escritor y tan amante de su Iglesia? (2)

El argumento fundado en el silencio de los coetáneos ó antiguos, que pudieron, y quizá debieron hablar y con todo eso callaron, es negativo y por tanto poco fuerte, pero á veces hace vacilar. Los protestantes nos echan en cara como *invocaciones romanas* muchas cosas del culto de que apenas hallamos vestigios en los primeros tiempos. Pero respetemos los altos juicios de Dios, que no quiso que los esplendores del culto y las devociones piadosas se desarrollaran de golpe y todas de una vez desde los primeros siglos. Si aun hoy día la Iglesia vitupera y reprueba ciertas supersticiones y abusos de sabor idolátrico, en que la rudeza del vulgo incurra á pesar del celo y reprensiones de los prelados, ¿qué hubiera sido entónces cuando apenas se habían olvidado los resabios del fanatismo pagano? El culto grandioso de María se va desarrollando desde el siglo V en el Oriente, contribuyendo á ello providencialmente las mismas invectivas y errores groseros de Nestorio. El Concilio de Éfeso en 431 declara á la Virgen María Madre de Dios. Teodosio II y su santa hermana Pulqueria, devotísima de María, le erigen templos y rebuscan los objetos que le pertenecieron en vida, segun queda dicho (3).

(1) El verso dice:

*Fertur ut quondam monitus Jacobus
Casaragusta possuisse templum.....*

Preferimos darlo en sáfico español igual en todo el metro latino.

(2) El hallazgo del cuerpo de San Braulio en el antiguo templo de Santa María, da lugar á preguntar contra los escépticos y partidarios del argumento negativo.—Si tan poca importancia tenía aquel templo para San Braulio, ¿por qué se halló en él su cadáver?

Leídas las Epístolas y demás escritos de San Braulio, se echa de ver que no había motivo para que hiciese alardes ni de la tradicion, ni de la Santa Capilla.

(3) Véase lo dicho acerca del sepulcro de la Virgen.

Pero ¿cuán deplorable era entónces el estado de España? ¿Cómo se había de pensar en erigir templos á María, cuando el furor herético y salvaje de los bárbaros septentrionales nada respetaba y lo arrasaba todo, convirtiendo en páramos la mayor parte de los campos y pueblos de la Peninsula? Mas luego que se restableció la paz, el culto de María aparece espléndido y vigoroso desde el siglo VII, como veremos más adelante.

El culto mismo del Santísimo, indudable desde los primeros tiempos y en toda la Iglesia, puesto que los fieles comulgaban diariamente, ¿acaso aparece en todo su esplendor hasta el siglo XII? ¿Y diremos por eso que era ménos ostentoso, ó que los fieles eran ménos devotos, porque nos dejen noticias escasas de su devoción externa y sensible?

Dejemos, pues, tales controversias para los críticos católicos que de buena fe, con gran erudicion y gran caudal de datos y noticias, con fervor y cariño van por las catacumbas y los museos estudiando las figuras del culto primitivo para saber cuándo representan á ésta con nimbo ó auréola, ó cuándo su actitud de súplica indica más bien una *orante* (1).

Todavía en la cripta de Santa Engracia al ver entre las antiquísimas figuras que decoran una de las tumbas, coetánea quizá de Constantino, quedaremos con la duda acerca de ella, de si representa á Santa Engracia, á la cual una mano celeste toma la diestra para subirla al cielo, ó más bien y casi con certeza el dulce misterio de la Asuncion de María (2).

La tradicion asegura tambien que los musulmanes respetaron ambas iglesias del Pilar y de Santa Engracia, que quizá los cristianos salvaron en sus capitulaciones. Era tan reducida la capilla angélica, que mal podía atraer las miradas codiciosas de los musulmanes. La Providencia dispuso esta pobreza y estrechez salvadoras del sagrado recinto, levándose los vencedores la basilica mayor, para convertirla en mezquita, la cual en su día devolvió al culto católico la potente y generosa mano de D. Alfonso el Batallador.

Poco despues, el primer obispo despues de la reconquista, D. Pedro Librana, pedía limosna á todos los fieles de la cristiandad para el culto de la Iglesia de la Virgen María, el año 1118, y con una bula del papa Gelasio II, de cuya autenticidad no se ha dudado. El obispo habla allí de la iglesia de la Virgen María, cuya santidad y fama eran notorias, y la cual por desgracia había estado hasta entónces bajo el yugo sarraceno (3).

(1) El hacer aquí alardes de erudicion sobre este punto sería impertinente, pues no se trata del culto de María en general, sino solamente con relacion á España, y no para los críticos, sino más bien para las Señoras Católicas y otras personas ajenas á estas cuestiones.

Sobre las efigies de la Virgen en las catacumbas y basilicas antiguas han escrito mucho y bueno, el caballero Rossi, Bottari y el P. Garruchi en Roma, y el señor conde de Fleury en Francia.

(2) Así lo cree y defendió el erudito académico D. Aureliano Fernandez Guerra, en una preciosa memoria publicada en la Revista científico-católica, titulada la *Ciudad de Dios*, tomo 7.º, impresa ademas en cuaderno aparte, el año de 1870, con el epigrafe de *Monumento Zaragozaño del año 312, que representa la Asuncion de la Virgen*.

(3) *Beate et gloriosae Virginis ecclesiam, quae tunc (proh dolor!) subiacuit sarracénorum ditioni* Véase al P. Risco, tomo 3.º de la *España Sagrada*, pág. 76. Por el contrario la bula de Calixto III, con sus enormes anacronismos y gravísimos errores geográficos, parece muy sospechosa y apenas habrá crítico, por católico que sea, que se atreva á aceptarla como genuina, pues no honraría al criterio de la Curia romana en la época de su expedicion, si fuera cierta.

Allí se encontró siglo y medio después el cuerpo de San Braulio, que hoy día se venera bajo el altar mayor de aquella concatedral, pues perdida la noticia del paraje donde paraban sus reliquias, se vino á saber por revelacion de San Valerio. Allí también estuvieron enterrados hasta mediados del siglo XVIII los restos mortales del conde Alperche y otros varios personajes que auxiliaron al monarca aragonés D. Alfonso *el Batallador* para la reconquista de Zaragoza, y allí descansaban asimismo cerca del Pilar sagrado los de varios príncipes y magnates de Aragón, prelados piadosos, Justicias mayores y personajes ilustres, cuyas tumbas fueron removidas al hacer la gran obra, que, para la ampliación del templo, emprendió en 1754 el arzobispo D. Francisco Ignacio de Añoa (1), con el favor del monarca D. Fernando VI.

En nuestros días se ha levantado en el centro de la basilica la gran cúpula que domina el templo, sobre los cuatro arcos torales, que llenan el espacio entre el presbiterio y el coro, revistiendo además el zócalo y el pavimento de ricos mármoles. No son de aplaudir el gusto arquitectónico, ni la planta que Herrera en el siglo XVII y D. Ventura Rodríguez en el siglo XVIII dieron á la iglesia, pero ya preciso es respetarlos y atenerse á ellos.

Se ve, pues, con cuánta oportunidad entona la Iglesia de Zaragoza, bajo aquella grandiosa cúpula, la oportunísima estrofa de Laudes (2) que dice:

La que fuera en otro tiempo
Baja y humilde capilla,
Hoy gallarda y espaciosa
Con culto espléndido brilla,
Y agrada el lujo de ahora
Cual la antigua fé sencilla.

La capilla angélica forma como una iglesia aparte de la Catedral. Es un gran templo de mármoles y bronce, cobijado bajo las vastas bóvedas de la basilica, y tiene en su recinto interior tres altares. En el del centro, la Virgen, sobre un trono de nubes, parece mirar á Santiago y sus discípulos, que están en el altar de la derecha, indicándoles el paraje donde se ha de colocar su efigie, que está en otro altarito á su izquierda. La oscuridad que reina en el templete realza la majestad del culto que rodea á la santa efigie, y una barandilla de plata separa al pueblo de los altares á respetuosa distancia.

Las ofrendas y limosnas en dinero, arrojadas á través de esta barandilla, caen de continuo al pié del altar de la Virgen, en que día y noche lucen numerosas antorchas en ricos candelabros de plata. Jamás se ve desierta la santa capilla desde

(1) De los 220,000 duros gastados hasta la muerte del señor Añoa, más de 86,000 habia dado este piadoso arzobispo.

(2) Himno de Laudes.

*Qua Patres capere primi
Tecta cultu simplici
Posteri majore sumptu
Promoventes struant
Prisca paupertas placebat
Nec novus mos displicet.*

que, al amanecer, entonan los infantes (niños de coro), con argentinas voces, una Misa de la Virgen tan tierna como armoniosa, hasta que después de haber anochecido se canta el santo Rosario devotamente al rededor de la capilla por los devotos coros del pueblo congregado, alternando en santa y amable confraternidad del clero con los labradores, artesanos, militares, niños y piadosas mujeres de todas clases y estados.

El culto que se tributa á María, no solo en su santa, angélica y grandiosa capilla, sino en toda la Catedral (1), es una gloria especial de Zaragoza y para toda España, con gran honra, cumpliéndose de ese modo lo que con mucha oportunidad dice la inscripción puesta muy discretamente en el friso de la cornisa, que sustenta la grandiosa y nueva cúpula central:

ELEGI ET SANCTIFICAVI LOCUM ISTUM PRAESENTIA MEA,

UT SIT IBI NOMEN MEUM ET COR MEUM

CUNCTIS DIEBUS (2).

II.

EFIGIES QUE SE SUPONEN PINTADAS POR SAN LUCAS Y TRAIIDAS A ESPAÑA POR LOS APÓSTOLES.

El haber sido San Lucas el que dedicó en su Evangelio más lugar á la narracion de los hechos relativos á la Virgen María, dió lugar á que se le intitulara *el pintor de la Virgen*, segun queda dicho. La piadosa credulidad de la Edad media, torciendo el sentido de esta frase, le quiso suponer pintor, atribuyéndole el origen de todos aquellos cuadros de la Virgen cuya antigüedad y procedencia se ignoraba, y

(1) Para obviar los ruidosos pleitos y parcialidades que dividian al Clero y pueblo de Zaragoza en el siglo XVII á favor y en contra del Pilar y la Seo, se erigió por la Santa Sede en concatedral la basilica del Pilar.

(2) Están tomadas estas palabras en su mayor parte del capítulo II, libro II del Paralipomenon al hablar de la dedicacion del templo en Jerusalem. Quiere decir:

Elegi y santifiqué este lugar con mi presencia para que en él estén mi nombre y mi corazón todos los días.

Los autores que principalmente tratan este asunto son:
Murillo (Fr. Diego) escritor del siglo XVI. «Fundacion milagrosa de la Capilla evangélica.» Un tomo en folio.

Aramburu (Manuel Vicente), Historia cronológica de la Santa Capilla, etc.

Risco (Fr. Manuel), España Sagrada, tom. 3º.

Zaragoza (Fr. Lamberto), Teatro eclesiástico de Aragón, tom. I.

Nongües y Secal (Mariano), Historia critica y apologética, etc. Un tomo en 4º impreso en Madrid, 1862.

Sobre la descripción del templo, sus vicisitudes, restauracion y actual estado, pueden verse en un libro intitulado: «El templo del Pilar,» escrito por D. Gerardo Mullé de la Cerda; un tomo en 8º de 200 páginas. Zaragoza 1872.

á que el pueblo prestaba cariñosa devoción. A creer esa tradición vulgar, San Lúcas hubiera sido no solamente médico y pintor, sino también escultor, pues se le atribuyen varias esculturas por cierto tan variadas en estilo y poco parecidas, que desde luego los artistas inteligentes, por piadosos que sean, no pueden conceder que sean coetáneas ni salidas de una mano.

En su comedia de la invención de la Virgen del Sagrario (1), Calderón resume esta leyenda á que todavía daba fe la credulidad del siglo XVII, poniendo en boca de San Ildefonso una larga arenga dirigida al rey Recesvinto (ó Recisundo como él le llama), asegurándole que aquella efigie había sido hecha, no como quiera por San Lúcas, sino por los ángeles, y que la habían traído á España los apóstoles, que llevaban efigies de la Virgen por donde quiera que predicaban: tal era la ignorancia en materias de iconografía sagrada.

La prolja narración que en parte creemos deber reproducir, más por la nombradía del autor, que por el mérito de sus versos ni la certeza de lo que asegura, dice así:

LA REINA
Ildefonso, hoy es día
De vencer ignorancias: á una mía
Me responded, en tanto
Que de la Misa el sacrificio santo
El altar de Leocadia nos previene.
¿Qué origen esta Santa imagen tiene (2)?

SAN ILDEFONSO
No os parezca, Señora,
Que es ignorancia lo que el mundo ignora,
Porque ninguno sabe
Su origen, al fin divino y grave.

Aquel docto Arcopagita
Filósofo, cuyo ingenio
Por las causas de la luna
Y del sol por los efectos,
Al mundo deshaució
En una sentencia, viendo
Aquel mortal parasismo,
Cuando, cerrados los cielos,
La tierra se estremeció
Y se turbaron los vientos.

Fué despues de muchos años
Luz y sagrado maestro
De Eugenio que llegó á ser
Arzobispo de Toledo,
Y hoy nuestro Patron, y así

Se piensa que fué el primero
Que la trajo á esta Ciudad,
Heredada desde el tiempo
De Dionisio, y que ella hubo
De los Apóstoles; que ellos
Siempre llevaron consigo
A las partes donde fueron
Imágenes de la Virgen,
Por el original mismo
Fabricadas, y tocadas
A Ella misma en alma y cuerpo.
Acredita esta opinion
No conocerse el madero
De que es labrada, y el ser
Obra antigua de otros tiempos.
Sentada está en una silla
Todo el vestido cubierto
De un sutil baño de plata,
Y estas señas convinieron
Con otra de quien se sabe
Que Apóstoles las trajeron;
Porque la Virgen de Atocha
Que está en Madrid, noble centro
De Castilla, está sentada
Del mismo modo, y es cierto
Que de Antioquía la trajo
Un discípulo de Pedro,
Como la de la Almudena
Que la trajo el mayor Diego (3).
En Astorga hay otra imagen,
Venerada con respeto.

(1) Origen, pérdida y restauración de la Virgen del Sagrario, por D. Pedro Calderón de Barca, tom. VII de la Biblioteca de Autores Españoles, pag. 331.

(2) Más adelante se hablará de una y otra.

(3) Santiago el Mayor.

De la misma forma; otra
En la ciudad de Lamego
En Portugal, y en Tuy
Un crucifijo compuesto
De los mismos materiales
Sus principios. Pero desta
Solo saber merecemos.

Que se llama *del Sagrario*
Por reliquias que este templo
Guarda de mártires santos,
Y lo demás son consejos
Dudosos y conjeturas
Sin notorio fundamento.

Conseja es también y conjetura sin fundamento todo lo que el bueno de Calderón pone en boca de San Ildefonso, que si no hubiese dicho más verdades que esas no mereciera de seguro los favores que luego veremos cómo le dispensó la Virgen. Pero ya que habíamos de consignar las consejas de la Edad media, tal cual habían llegado hasta el siglo XVII, y éste las narra al pueblo español dramáticamente y hasta en los teatros, hemos preferido presentarlas ataviadas con las galas de la poesía para hacerlas más llevaderas, sin desprecio, ni burla, ni volterianos sarcasmos, que fuera cosa indigna y ajena á nuestra piedad y á nuestro libro. El mumismático que encuentra entre sus medallas antiguas y legítimas una dudosa ó falsificada, no la excluye de su monetario: sepárala de las otras buenas y la clasifica en el lugar que reserva á las falsas ó sospechosas.

Pero también es deber nuestro no seguir alimentando esas noticias que ya ni en Roma ni en ningún país culto admite la sana crítica, y que los arqueólogos católicos y muy piadosos desechan como insostenibles, por más que escritores respetables las apadrinaran en otro tiempo; y aunque deplora el vulgo crédulo ver desaparecer sus legendarias tradiciones y con ellas cierta especie de orgullo patrio con que las exhibían á la admiración y aun á la envidia de los extraños. No, no es posible ya sostener ni apadrinar tales consejas, y donde hay tantas verdades sabidas y por saber, ciertas é irrecusables acerca del culto antiquísimo de María, no necesitamos recurrir á la fábula, que pretende casi deslucir la historia, que da ocasión á los racionalistas ó impíos para burlarse de la verdad y la mentira, pasando por unas y otras el nivel de su glacial y sarcástico indiferentismo, y dando lugar á que los espíritus débiles y poco ilustrados vayan del entusiasmo y la devoción ferviente al escepticismo completo y á la incredulidad más grosera.

Ni las catacumbas, ni los muscos cristianos más ricos en antigüedades nos ofrecen efigies de Jesús y de María en escultura ni como objetos de adoración durante la época de las persecuciones. Las pinturas más antiguas que se hallan en las catacumbas son alegóricas ó simbólicas, y la efigie de María principia á ser pintada desde el siglo IV al lado del Buen Pastor, ó bien entre las efigies de San Pedro y San Pablo (1). Pero estas eran pinturas murales y se ponían por vía de adorno y enseñanza, más bien que como objeto de adoración y culto. El temor á las persecuciones pasadas y á las profanaciones que podían traer las sucesivas, inminentes de parte de apóstatas y herejes cortesanos, obligaba á proceder con gran cautela. Aun así los protestantes no siempre admiten que la efigie de la Virgen represente

(1) Podríamos citar aquí los testimonios de arqueólogos muy distinguidos, entre ellos los del caballero Rossi, tan inteligente en todo lo relativo á las catacumbas de Roma, Aringhi, Bottari, Raoul-Rochette y otros, algunos de ellos protestantes. Contra algún protestante que asegura no haber encontrado sino una efigie de la Virgen, del siglo IV y en el cementerio de Santa Ana, está el del comendador Rossi, que cita más de veinte en varios parajes.

á ésta, suponiendo unas veces que ésta corresponde á una persona *orante*, como á veces lo indica la actitud de sus manos abiertas y dirigidas al cielo, y otras veces que la matrona al lado del Buen Pastor ó entre los apóstoles simboliza á la Iglesia, esposa inmaculada de Jesucristo. Cuestiones son estas ajenas á nuestro propósito, tanto por la naturaleza de su estudio crítico y erudito como por ser relativo al culto en general y al de María en otros países: nosotros nos concretamos al culto mariano en España. Mas hoy día no es posible estudiar la historia de un país, sin relacionarla con la historia general, y cuando diseñamos los hechos y vicisitudes de un pueblo, fijamos la vista en lo que acontecía en los afines ó vecinos.

El cánón XXXVI del Concilio iberitano celebrado poco ántes de la conversión de Constantino, probablemente hácia el año 300, prohíbe las pinturas murales en las iglesias, teniendo por inconveniente se vaya á *pintar en las paredes lo que se adora ó reverencia* (1). Y en efecto era irreverencia que objetos tan sublimes fueran representados toscamente por pinceles groseros, manejados por torpe mano y por ingenio boto, que la humedad y las injurias de los tiempos vinieran á destruirlos, haciéndolos ridículos, que al sobrevenir las persecuciones hubiera que borrarlos para evitar profanaciones, y sobre todo que los neófitos, poco seguros en la fe, y los cristianos poco instruidos hiciesen una supersticiosa y nefanda amalgama de las ideas cristianas con los añejos ritos del gentilismo, al modo que los sabios pretendían amalgamar la doctrina excelsa del Evangelio con los caducos sofismas de la filosofía griega ó del judaísmo, ya no solamente muerto, sino mortífero. Pero esta misma prohibición canónica, sabia y justa, acredita el hecho de que ya á fines del siglo III había efigies pintadas en los oratorios ó iglesias de España, puesto que era preciso prohibirlas, pues no se prohíbe lo que no se hace, ni por algun caso aislado y raro. La prohibición significa por lo comun una corruptela generalizada, ó que se va introduciendo mucho.

En vano se dirá que las efigies de talla no ofrecían los inconvenientes que las pinturas, pues era más fácil renovarlas y ocultarlas que no las murales: siempre había el riesgo de la torpeza en la ejecución de parte del artista, y de la superstición de parte del vulgo. Por otro lado, los riesgos de las ocultaciones en los riscos y cavernas, como sucedió despues con las efigies mozárabes, fiando á un milagro del cielo el hallazgo de la imagen enterrada ó escondida, acreditan que tan peligroso era en tiempo de las persecuciones pintar efigies de Cristo y de su Madre, como tallarlas ó esculpiras. No es posible, por tanto, aceptar ya efigies de la Virgen María pintadas ni esculpidas por San Lucas, traídas y llevadas por los apóstoles, ni ménos fabricadas por los ángeles, que no acreditarían con ellas celestial pericia. ¿Y fuera posible que si San Pedro hubiese á mano esas efigies divinas las enviase á España y no las dejara en Roma? ¿Y es posible que si los Padres de la Iglesia visigoda las hubieran creído fabricadas por los ángeles nos ocultaran ese portento?

En el preámbulo del Evangelio de San Lucas el respetable P. Scio resume en estas breves cláusulas el estado de la cuestión á principios de este siglo. «Nicéforo y Metafrastes, dice, afirman que San Lucas fué un excelente pintor y que dejó

(1) *Placuit picturas in Ecclesia esse non debere, ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur.*

varias imágenes del Salvador y de su Santísima Madre pintadas de su mano. Esta opinión la adoptaron despues Baronio, Sixto Lenense, Toledo, Belarmino, Posevino y otros muchos ilustres escritores. Pero otros críticos modernos, Calmet, Tillemont, los Bolandos, Valesio, Du Pin, Lerry y otros innumerables, hacen ver que de ningun modo debe seguirse ni abrazarse esta opinión. Pudo tal vez dar ocasión á esto, un pintor florentino que floreció en el siglo XI, llamado Lucas, el cual, siendo de vida ejemplarísima, se alzó en la opinión y boca de todos con el renombre de santo. Este para pintar las imágenes de Nuestra Señora, se preparaba confesando y comulgando, y no recibía dinero por su trabajo.»

El respetable padre Scio alega varios de los argumentos aducidos por los críticos que son de mucha fuerza. Uno de ellos es que el Concilio 2.º de Nicea contra los iconoclastas, nada dijera acerca de estas efigies pintadas por San Lucas, que eran un argumento fuertísimo contra aquellos feroces herejes, y que el patriarca de Antioquia que estaba en el Concilio, nada dijese de la efigie pintada por San Lucas, y que se suponía despues estar en aquella Iglesia.

Pero aún es más anacrónico el querer remontar á los tiempos apostólicos el culto de efigies de la Virgen vestidas de telas, uso introducido en la Edad media para encubrir con la riqueza del ropaje las imperfecciones y fealdad de la escultura. En vano el pintor venía á estofar con brillantes colores y muchos dorados la tosca efigie. Esta tenía siempre unas paletas en lugar de manos, y un bonete pesado de madera en vez de corona, y los amigos del artista dirían al escultor y al pintor lo que los indios al piadoso cuanto imperito escultor de Copacabana:—«Por más que dores y adorne á tu Virgen y la cubras de perlas y otros adornos, siempre resultará fea y mal hecha.»—Entonces venía la rica tela á simular con sus pliegues lo que ni el cincel ni el pincel habían sabido ejecutar ni embellecer.

Al número de estas efigies de los tiempos apostólicos, se quiere hacer pertenecer en España, además de las citadas por Calderon, tales como la de Atocha, la de la Almudena, la del Sagrario, la de Astorga y la de Lamego, otras varias que se suponen pintadas asimismo por San Lucas, como la de Guadalupe y la de Tobet en Aragon, y aun pudieran añadirse otras á este catálogo. De ellas se dirá más adelante cuando se hable de su aparición, pudiendo en general asegurarse, con el dictámen de artistas y arqueólogos muy piadosos, que ni aún son de la época visigoda, sino que en general se remonta su origen, cuando más, á los tiempos de los mozárabes y al siglo X (1).

Nada diremos aquí tampoco de los escritos relativos á la Virgen María, que se supuso haber sido descubiertos en Granada en el siglo XIV y que se remontaban á los tiempos apostólicos. La Iglesia tiene prohibido hablar acerca de ello, y cen-

(1) El P. Villafañe supone fabricadas por ángeles las de la Antigua, y de los Reyes en Sevilla, Angustias de Granada, Desamparados y del Puig en Valencia, Pilar en Zaragoza, la de Texeda y alguna otra.

Como talladas por Nicodemus, pintadas por San Lucas y traídas por los Apóstoles ó sus discípulos, cita las de la Almudena, Atocha, Algonada, Caridad de Illescas, Fuencisla, Henar, Menserrate, Nieva, Sagrario de Toledo, Sagrario de Pamplona, Valbanera y Valverde. El P. Faci citaba la de Tobet y algunas otras en Aragon.

El P. Villafañe que escribía en 1726, citaba con grande aplomo á Flavio Dextro, y otros falsos cronicones, que hacia cien años estaban reputados por apócrifos. Pero peor es que el conde de Fabraquer y otros escritores modernos hayan repetido estos delirios.

surados los libros que de ello tratan (1): nosotros no faltaremos á este mandato. Hasta el pañuelo con que secaba sus lágrimas la Santísima Virgen durante la pasión de su Hijo santísimo suponían haber encontrado allí: pero si engañaron la buena fe de un prelado austero y generoso, no engañaron á todos, ni ménos á la Santa Sede que vituperó la superchería. La verdad católica no mezcla el oro de sus tradiciones con el plomo vil de ficciones amañadas, y al desechar estas aquilata el valor de aquellas.

A la tradición del culto de María en Zaragoza desde los tiempos apostólicos, y de la horrible matanza de los innumerables mártires de aquella ciudad, en la persecución impía y sanguinaria de Daciano, va unida otra tradición vulgar y poco segura, que tampoco puede ponerse al lado de la de Zaragoza, que está aprobada por la Iglesia y sancionada con determinado rezo y solemne culto.

Supónese que algunos cristianos fugitivos de Zaragoza llegaron hasta las inmediaciones de Agreda, escapando de la matanza de aquella ciudad angusta. Alcanzados allí por los soldados de Daciano, fueron acuchillados en aquel paraje, donde se descubren las osamentas de muchos cadáveres. Cerca de aquel paraje se halló siglos despues una efigie de la Virgen, con un vestido de grana. La tradición vulgar de aquella tierra supuso que la habían traído aquellos mártires desde Zaragoza, anacronismo grosero que hoy día no puede sostenerse. Los obispos de la diócesis (2) ni han admitido la tradición, ni reconocido como verdaderas aquellas reliquias, y contra este silencio serviría de poco el dictámen de la venerable madre de Agreda, que creía haber sido traída aquella efigie por los supuestos mártires, en cuyo concepto es venerada bajo la advocación de la *Virgen de los Mártires* (3). Aun dado caso que tal opinara, lo cual no consta, nunca pasaría esta opinión de ser una de tantas como corrian por entonces, sin haber sido aprobadas por la Iglesia, y que, aceptadas por personas piadosas y piadosamente, luego las han rechazado la sana crítica y la arqueología cristiana con mejores luces.

III.

CULTO Á MARÍA EN LA IGLESIA VISIGODA.

Muchas cosas se han profetizado acerca de María en figura de la Iglesia, decía ya á mediados del siglo IV el gran padre San Ambrosio. Esta misma idea de

(1) Consta la prohibición como vigente en el Índice expurgatorio dado en Roma en 1841. En los capítulos preliminares párrafo 2.º *libri certorum argumentorum prohibiti*, número 10, vienen prohibidos los libros, tanto manuscritos como impresos, que tratan de aquellas láminas apócrifas.

(2) Véase tomo L de la *Espana Sagrada* pág. 60, acerca de la Santa Iglesia de Tarazona á que corresponde Agreda.

(3) En el mismo obispado hay otra efigie de la *Virgen de los mártires*, en el pueblo de Atea. Fue hallada hácia la época de la reconquista, entre las ruinas de un pueblo incendiado por los musulmanes, y á cuyos habitantes habían pasado á cuchillo. (Novena en obsequio de Nuestra Señora la Virgen de los Mártires, que se venera en Atea.—Madrid, 1847: un folleto en 8.º de 32 páginas.)

se envolvería por aquel mismo tiempo nuestro compatriota San Paciano, obispo de Barcelona, en los escasos opúsculos ó cartas que de su docta pluma nos han quedado. La idea de María simbolizando á la Iglesia, y ésta á María, que el artista cristiano venía representando en las catacumbas, desde el siglo III, ó quizá desde el II, se halla tan arraigada en España, que la expresan lo mismo San Paciano en el siglo IV que San Isidoro en el VII. En su Epístola tercera sobre la Iglesia y el *catolicismo*, San Paciano compara la Iglesia á la Virgen María, dándole los epítetos, que aun hoy día aplicamos á esta, de *templo y casa de Dios, columna y firmeza de la verdad, Virgen Santa que se ofrece á Cristo en castísimo sentido*.

En su exhortación á los catecúmenos, despues de hablar del nacimiento de Jesús, llama á María *esposa del Espíritu Santo*, como la llamamos ahora, y concluye diciendo: «*de estas nupcias nuce asimismo el pueblo cristiano.*» La doctrina es igual en Roma y en España, y su eco resuena lo mismo en Zaragoza y en Barcelona, que en Milan.

Aun pasa más adelante San Isidoro, pues llega á decir que María es jefe de las doncellas cristianas, como lo es Cristo de los varones que logran salvar su virginidad (1). A ella, añade, siguen las Virgenes Santas, ella las cuida y les dá aliento.

En su exposición sobre el *Génesis* acepta ya la doctrina de que la amenaza de aplastar la cabeza del dragon se refiere á María, y que en todo caso lo mismo daba que fuese aplastada por ella que por el fruto de su vientre (2).

En el libro de las *Algorias* añade en obsequio de San José una frase tan sublime como poco conocida. «San José significaba típicamente á Cristo, como que había sido deputado para la custodia de la Iglesia» (3). Se ve pues que la idea del patronato de la Iglesia por San José no es nueva, ó reciente, pues que la consignaba ya nuestro gran Padre San Isidoro, y sin énfasis, como una cosa vulgar, sencilla y corriente. Pero á continuación de esto añade, que así como San José es una alegoría de Cristo, también lo es la Virgen María (4). *María autem Christum significat*: palabras notables.

En el libro primero contra los Judíos explica en obsequio de la Virgen María la profecía de la *vara de José* (5), y más adelante defiende briosamente su virginidad antes y despues del parto, preluendo las razones que más adelante había de esforzar San Ildefonso (6).

Finalmente, en uno de sus últimos libros refuta el error de que María falleciese de dolor de resultas de la pasión y muerte de su Hijo, y añade que nada se sabía de cierto acerca de su muerte, si bien se decía que su sepulcro estaba en el

(1) *De ecclesiasticis officiis*: cap. XVIII, de *Virginibus*.—«*Virorum virginum caput est Christus: foeminarum virginum caput est Maria.*»

(2) *De Virgine de qua Dominus natus est intellexerunt*. Exposición sobre el *Génesis*, cap. V, tom. I, pág. 153 de la magnífica edición de Lorenzana, que se ha consultado para evacuar las citas. Lo mismo expresaba el himno de Prudencio y otro del oficio gótico.

(3) *Qui ad custodiam Sanctae Ecclesiae deputatus est*. (*Allegoriae Veteris Testamenti*, pág. 325.) Consignamos estas citas por su gran importancia y por ser poco conocidas, aun de los eruditos piadosos.

(4) *Allegoriae veteris Testamenti*, pág. 325, tomo II de la edición citada.

(5) Libro I *contra Judaeos*.

(6) *Ibidem*, cap. X.

valle de Josafat (1). Preciosos datos son estos para conocer la tradicion de la Iglesia española acerca de los últimos dias de la Virgen, y que confirman lo que se dijo de ser más creible su estancia y muerte en Jerusalem.

La Iglesia visigoda celebraba principalmente las fiestas de la Anunciacion y Asuncion de Maria, segun se ve por los ejemplares antiguos del Oficio gótico, á las cuales añadió luego la de la Natividad (2).

Las iglesias consagradas á su culto, aun en la época de la dominacion arriana, debían ser muchas pues lo eran varias catedrales. En Mérida además de la basílica de Santa Eulalia habia, á mediados del siglo VI, por lo ménos dos iglesias dedicadas al culto de la Virgen Maria. La una era llamada entonces y despues la *Santa Jerusalem*; otra distaba de la ciudad unas cinco millas, que el vulgo solia llamar *Santa Quintiliana* (3).

A los dos meses de convertido Recaredo, se verifica la consagracion de la catedral de Toledo, el dia 19 de Abril del 587, bajo la advocacion de Santa Maria, como acredita la preciosa columna que se conserva en su claustro, la cual principia con las palabras:—«En el nombre de Dios fué consagrada la Iglesia de Santa Maria» (4). Para distinguirla de otras se titulaba la Real, por ser de la Ciudad Régia, ó la Corte, y de los mismos reyes, que acudian á ella, á pesar de tener su Capilla pretorial en su palacio bajo la advocacion de San Pedro.

El descubrimiento reciente de una pequeña parte del tesoro escondido en Guarrasar al tiempo de la invasion musulmana en Toledo, nos da noticia de otras iglesias dedicadas á la Virgen Maria en aquella ciudad, y que obligó al arcediano Gudila á firmar en el Concilio XI de Toledo, como de la iglesia de Santa Maria de la Sede Real, para distinguirla de otras. Entre las cruces, coronas y demas *ex-rotos* que se ha logrado salvar, hay una ofrenda ó presentalla, que consiste en una cruz sencilla de oro en la cual se lee esta inscripcion.—«*In nomine Domini offerret Sonnica Sanctae Mariae in Sorbaces.*» Por esta inscripcion se viene en conocimiento de que además de la Catedral é Iglesia Real de Santa Maria consagrada en tiempo de Recaredo, habia otra en el paraje llamado *Sorbaces*, que algunos han creído estuviese debajo del alcázar (*cuasi sub arce*), ó por lo ménos que hubiera altar y eligio de ella en algun templo de aquel nombre.

¡Pero usaban ya los católicos en España poner efigies en los altares en el siglo

(1) *De ortu et obitu*, LXVII. *Nec obitus ejus uspiam legitur dum tamen reperitur ejus sepulchrum, ut aliqui dicunt, in valle Josaphat*, cap. LXVI.

(2) En el Misal gótico de que se conserva copia en la Biblioteca nacional (D. d.) solo se hallan dos fiestas de la Virgen, segun dice el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra en la descripcion del monumento de Zaragoza del año 312, y son la Anunciacion y la Asuncion. Con todo, algunos escritores quisieron suponer que ya en tiempo de San Ildefonso se celebraba la fiesta de la Expectacion ó sea la de O, y que se debió á este. (Véase á Florez, tomo V, pág. 263 de la tercera edicion.)

En el calendario mozárabe hallado por Dozy y publicado en el tomo V de la *Ciudad de Dios* no se halla expresada claramente la fiesta de la Encarnacion, aunque se aluda á una gran fiesta el 21 de Marzo: en cambio están la Asuncion el 15 de Agosto, la Natividad de la Virgen el 8 de Setiembre, y la *Aparicion (sic)* de Maria Madre de Jesus, el dia 18 de Diciembre.

(3) Así se infiere de las Vidas de los Padres de Mérida escritas por el Diácono Paulo.—En el cap. I al hablar de la muerte del acólito Augusto.—*Ad basilicam Sanctae Mariae semper Virginis quae quinque milibus ab urbe Emeritensi distat.* En el cap. VIII: *Ecclesiam Sanctae Mariae, quae Sancta Hierusalem nunc usque vocatur.*

(4) Véase en el tomo V de la *España Sagrada*, pág. 196 de la primera edicion.

VII? ¡Estas efigies eran de Maria? La tradicion, que mira como del tiempo de los visigodos todas las efigies de la Virgen de talla ruda y sentadas, parece acreditarlo así. Con todo, las escasas noticias que nos quedan acerca de ellas en los escritores coetáneos hacen creer que, si en los altares se ponian algunas efigies en el siglo VII, era con gran cautela y parsimonia.

Habia en ellos la Cruz, pero apenas se ponía en ésta la figura corporal de Cristo; poníanse las reliquias de los mártires, pero tampoco se halla vestigio de que pusieran sus efigies en los altares, aun cuando se pintaran en los muros de las iglesias para enseñanza y devocion, más que para culto y adoracion en el sentido lato de esta palabra. En las procesiones consta que se llevaba la cruz, pero no se sabe que ésta tuviera crucifijo. Los visigodos llevaban tambien procesionalmente el Evangelio con gran aparato y luces. Sacaban asimismo en procesion las reliquias de los mártires: un cánon de aquel tiempo prohíbe á los obispos que se hagan conducir en silla y sobre los hombros de los diáconos procesionalmente, á pretexto de llevar colgadas al cuello las reliquias de los mártires (1); pero no hallamos todavía vestigios en el siglo VII de que se llevaran en procesion efigies del Salvador. Si no se llevaba la efigie de Jesus tampoco se llevaria la de su Santa Madre (2). En las excavaciones que se han hecho en los puntos donde existieron las célebres basílicas de Toledo, Mérida, Córdoba, Valeria y otros puntos no se hallan restos de efigies aunque aparezcan por allí columnas rotas, lápidas sepulcrales, y objetos de devocion simbólica, el cordero, el crismón, el pavon, la paloma con el ramo de oliva, el pez, y otros símbolos y alegorías á este tenor. San Braulio, al tratar del Sábado Santo y del acto de descorrer los velos, habla del adorno de los altares, y nada dice de las efigies (3). Pero como ya por entonces se ponían en las iglesias de Constantinopla y otras, y los visogodos en su trato íntimo con los bizantinos remediaban las costumbres y mayor cultura de éstos, podemos suponer que en España se introdujera tambien este uso desde el siglo VI, y que los furros de los iconoclastas, lejos de servir para impedir esa piadosa costumbre, contribuyeran para afianzarla, como se han afianzado las verdades y prácticas devotas del catolicismo con los furros é injurias de las herejías y sus fautores.

(1) Cánón VI del Concilio III de Braga, en tiempo de Wamba, año de 675.

(2) Es notable que San Efrén se indignara en el siglo VII al ver pintada en una tela una efigie de Jesus.

(3) *De vestiendis autem altari, seu vela mittendis hoc usus habet ecclesiarum, ut jam declinante in vespere die ornentur ecclesia.....* (San Braulio, Epístola XIV, tomo XXX de la *España Sagrada*.)